

## **CAPITULO 9**

### **LLEGANDO AL ULTIMO PELDAÑO**

Mientras subíamos las escaleras que conducían a la puerta principal de la casa, mi amigo me advirtió: "¡Ten cuidado con el último peldaño! Es más alto que todos los demás."

La escalera era tan larga y tan empinada que olvidé su advertencia por un momento, pero cuando llegué al último peldaño entendí el porqué de su consejo. El último peldaño, que estaba enfrente de la puerta, era por lo menos, tres veces más alto que todos los demás.

"¡No me estabas bromeando! ¿Verdad?" le dije riendo mientras me esforzaba por levantar mis maletas lo más alto posible. El respondió "No, pero lo bueno es que es el último peldaño. Entremos a la casa."

En este libro hemos subido por la escalera de la Escritura que nos conduce a la restauración de la imagen de Dios. Poco a poco Dios bendijo a su pueblo con dones que les permitían alejarse de la ignominia del pecado y acercarse más a la dignidad con la cual la raza humana fue originalmente diseñada. Como hemos visto, estos avances ocurrieron en los días de Noé, Abraham, Moisés y David.

Sin embargo, en el capítulo anterior nos dimos cuenta que todas las bendiciones de Dios en el Antiguo Testamento nos dejan insatisfechos y deseando algo más. Aunque los regalos de Dios en las épocas pasadas repercutieron positivamente en nuestras vidas, nuestra respuesta pecaminosa hace que sean insuficientes para restaurarnos a la dignidad. Pero estamos ahora en la posición de mirar más allá del Antiguo Testamento. Hemos llegado al momento cuando Dios llevó a su imagen al último y más grande peldaño, el cual restablece nuestra dignidad totalmente.

Jesús es el último peldaño en el plan de Dios. Dios culminó la redención de su imagen al enviar a su propio Hijo. Para comprender lo que Dios logró por medio de Cristo, vamos a estudiar cómo compara el Nuevo Testamento a Jesús con Adán, Noé, Abraham, Moisés y David. Como veremos más adelante, Cristo invirtió los efectos de la caída de Adán y reunió en sí mismo todas las bendiciones de la historia del Antiguo Testamento. La obra de Cristo excede en gran manera todas las cosas que Dios hizo en el pasado. Solamente Cristo restablece nuestra dignidad.

### **CRISTO Y ADAN**

Las imágenes reflejadas en los espejos son extrañas; se parecen a los objetos que reflejan pero la imagen se ve invertida. Los objetos reales y sus imágenes reflejadas tienen los mismos contornos y colores, pero su dirección horizontal está invertida. ¿Qué es lo que usted ve cuando pone una hoja escrita frente a un espejo? La izquierda se convierte en derecha, y la derecha, en izquierda. Las imágenes de un espejo son a la vez, iguales y opuestas a los objetos reales.

Para comprender cómo Cristo restablece la dignidad humana nos ayudaría mucho concebirle como la imagen de Adán en un espejo. El Nuevo Testamento se refiere a Jesús como el "postrer Adán" (1 Cor. 15:45). Existe una correspondencia directamente entre Jesús y el primer hombre de la creación. Sin embargo, como una imagen reflejada en un espejo, Cristo no es sólo como Adán, sino también es lo opuesto de Adán.

¿De qué manera Cristo se asemeja al primer hombre? Existen muchas conexiones entre los dos, pero aquí mencionaremos nada más tres puntos importantes de comparación. Primero, tanto Adán como Cristo fueron imágenes perfectas de Dios. En Génesis, Moisés describió al Adán sin pecado como la imagen inmaculada de Dios. De manera muy similar, Pablo describe a Cristo como "la imagen de Dios" (2 Cor. 4:4; vea también Col. 1:15). Cristo representó a Dios en el mundo de una manera singular siendo perfectamente Dios y perfectamente hombre.

Segundo, Adán y Cristo recibieron comisiones similares como imágenes de Dios. Dios le ordenó a Adán multiplicarse y tener dominio sobre la tierra. El también envió a Cristo para reinar y multiplicarse. Jesús reveló la importancia de estas metas en su vida cuando él comisionó a sus discípulos (Mat. 28:18-19). Claramente podemos ver el aspecto de dominio: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra" (Mat. 28:18). En su resurrección Cristo recibió autoridad sobre todas las cosas. De esta manera, cumplió el mandato de dominio dado a la humanidad. Jesús también mencionó a sus apóstoles la tarea de multiplicación: "Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones" (Mat. 28:19). Jesús se dedicó a multiplicar imágenes redimidas de Dios y comisionó a sus apóstoles para que hicieran lo mismo. Cristo se multiplicó y ejerció dominio en maneras que exceden todos los logros de la humanidad anteriores o posteriores a él.

Tercero, tanto Adán como Cristo desempeñaron papeles determinantes en la historia de la humanidad. Adán, como la primera imagen de Dios, representó a todos los seres humanos después de él. Sus acciones fueron más que decisiones personales, pues tuvieron consecuencias que repercutieron en todos sus descendientes. Como Pablo dice, "Como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron" (Rom 5:12). Como nuestro representante, Adán trajo el pecado y el juicio sobre toda la raza humana.

Dios también determinó que Cristo fuera el representante de otros. Sus acciones fueron más que decisiones personales, pues afectaron las vidas del pueblo redimido de Dios: "Pues si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia" (Rom. 5:7). La obra de Cristo trajo justificación para aquellos que son nuevas criaturas por medio de la fe.

En las competencias deportivas, los entrenadores se esfuerzan por incluir a jugadores en sus equipos que tengan habilidades semejantes a los jugadores del equipo contrario. Usualmente no ponen a un jugador inexperto contra un jugador experimentado. Si es posible, los entrenadores buscan que los miembros de sus equipos sean iguales o mejores que sus oponentes. De no ser así, el equipo tendría muy pocas posibilidades de ganar.

Este principio nos revela porqué sólo Cristo puede restablecer totalmente la dignidad de los seres humanos. Solamente Él es tan grande, o aún más grande que Adán. Noé, Abraham, Moisés y David desempeñaron papeles importantes en la redención de nuestra raza caída en pecado. No obstante, nadie, ni antes ni después de Cristo, estuvo en la posición de ser llamado el "postrer Adán". Ninguna otra persona ha sido la imagen perfecta de Dios. Ninguna otra persona ha cumplido perfectamente las tareas encomendadas a la humanidad. Ninguna otra persona ha representado delante de Dios a la

multitud de seres humanos redimidos. Solamente él nos pudo llevar a la plenitud de vida que Dios había diseñado para nosotros desde el principio.

La superioridad única que Cristo tiene sobre Adán, es la razón por la que todas nuestras esperanzas de alcanzar la dignidad reposan finalmente en él. ¿Podemos confiar en nosotros mismos para revertir los efectos de la Caída en pecado? De ninguna manera, pues ni siquiera somos iguales a Adán ante los ojos de Dios. ¿Podemos confiar en otras personas para nuestra redención? No. ¿Quién de nosotros puede deshacer lo que el primer hombre hizo? Jesús, el postrer Adán, es el único hombre capaz de revertir los efectos de nuestra caída en el pecado. Si tenemos la esperanza de vencer la muerte, debemos mantener la mirada solamente en él.

Cristo, como superior a Adán, revertió los efectos de la caída de la humanidad. Mientras que Adán trajo muerte, Cristo trajo vida. Mientras que Adán provocó la maldición de la ignominia y el juicio, Cristo produjo la dignidad y la salvación.

¿Cuándo fue que Cristo logró esta restauración? No la completó en un solo acto. La restauración dio inicio durante su primera venida a la tierra y será culminada cuando regrese por segunda vez.

La fase inicial de la obra restauradora de Cristo comenzó con su vida en la tierra hace dos mil años. Al principio de su ministerio, Satanás lo tentó como lo hizo con Adán en el pasado (Mat. 4:1-11), pero Cristo resistió la tentación: "Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado (Heb. 4:15). Pablo hizo notoria esta diferencia entre Adán y Cristo cuando contrastó "la desobediencia de un hombre" (Adán) con "la obediencia de uno" (Cristo) (Rom. 5:19).

El acto más grande de obediencia que Cristo realizó fue su muerte en la cruz. Siguiendo el mandato de su Padre, él sufrió la maldición puesta sobre Adán (Gen. 3:19). Sufrió la cruz en nuestro lugar para dar fin a la maldición que recaía sobre nosotros: "Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados" (Isa. 53:5).

Sin embargo, Cristo no permaneció bajo la maldición de la muerte. El Padre lo resucitó por medio del Espíritu Santo. Siendo el representante de la nueva humanidad trajo también vida nueva para todo aquel que cree en él: "Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección" (Rom 6:5).

Tal y como Cristo pasó del mundo viejo de muerte al mundo nuevo de resurrección, también nosotros encontramos vida nueva al encomendarnos confiadamente a él. Ya no caminamos bajo la maldición de Dios, sino bajo Su bendición.

La primera venida de Cristo cambió dramáticamente el curso de la historia humana. Su muerte y resurrección iniciaron el último peldaño hacia la restauración de la imagen de Dios. Aun así, es evidente que aquellos que confían en Cristo para su restauración, todavía no han sido renovados totalmente. Todavía batallamos con el pecado y todavía experimentamos la muerte. ¿Cuándo tendremos la restauración completa?

La segunda venida de Cristo es nuestra esperanza para la culminación de nuestra redención como imágenes de Dios. En el presente es preciso que Cristo "reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies" (1 Cor. 15:25). No

obstante, a su retorno, Cristo traerá el juicio final en contra de los enemigos de Dios, recibirá todas las galardones que tanto se merece y el Padre lo exaltará como el indiscutible Señor de todas las cosas.

Como nuestro representante delante de Dios, Cristo no retendrá toda esta gloria sólo para sí mismo, sino que compartirá las bendiciones de la vida eterna con su pueblo: "El primer hombre es de la tierra; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo. Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales. Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial" (1 Cor. 15:47-49).

Cristo es el postrer Adán, la cabeza de la nueva humanidad. Solamente él tiene el poder para darnos plenitud de vida. Él comenzó a invertir los efectos del pecado de Adán durante su vida, muerte y resurrección; pero culminará su obra cuando regrese a la tierra por segunda vez. De esta manera, Cristo es el último peldaño en la restauración a la dignidad.

## **CRISTO Y NOÉ**

"Muchas veces intenté dejarlas," el joven confesó. "Las drogas me habían hecho daño y yo sabía que necesitaba cambiar totalmente mi vida. Pero aunque intentaba fuertemente, no podía escaparme de sus ataduras."

Muchos drogadictos dicen que quisieran dejar el hábito. Pueden ver las consecuencias terribles de su adicción y tratan de cambiar sus vidas.

"¿Sabe usted qué cambió mi vida?" el joven continuó. "Una noche intenté acabar con mi vida. Me llevaron de inmediato al hospital y estuve al borde de la muerte. Los doctores con mucha dificultad me salvaron la vida. En ese momento mi vida entera cambió. Fue necesaria una experiencia así de drástica para que mi vida cambiara totalmente."

Como vimos en el capítulo 4, en los días de Noé, Dios dio a su imagen la oportunidad de alejarse de la destrucción del pecado. Dios juzgó a la humanidad perversa, rescató a Noé y a su familia, y nos dio un mundo nuevo y estable. Pero la gente no aprovechó esta nueva oportunidad. Noé se embriagó después del diluvio y su hijo Cam abusó sexualmente de él (Gen. 9:21-22). La humanidad no había cambiado; seguíamos siendo adictos a los caminos del pasado, siguiendo la senda de destrucción.

En lo profundo de nuestro corazón nos preguntamos si será posible superar nuestra condición pecaminosa. Si algo tan drástico como un diluvio universal no logró sacarnos de nuestra condición, ¿Cómo pues escaparemos de las ataduras destructoras del pecado? El Nuevo Testamento nos da la respuesta a estas preguntas difíciles. Dios ha provisto la solución por medio de Cristo. Dios envió a su Hijo al mundo para que lograra lo que el diluvio fue incapaz de lograr.

El apóstol Pedro puso atención a las conexiones que existen entre Cristo y Noé más que cualquier otro escritor bíblico. Pedro explica la importancia de Cristo comparándole de dos maneras con Noé. Al mirar estos pasajes veremos cómo Dios nos transformó al enviar a Cristo. En 1 Pedro 3:20-22 podemos leer:

Los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir ocho, fueron salvadas por agua. El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva

(no quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) por la resurrección de Jesucristo, quien habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y potestades.

El contexto en el que este pasaje aparece es el del sufrimiento cristiano. Para asegurar a los creyentes que sus sufrimientos no eran en vano, Pedro mencionó el hecho de que el arca de Noé salvo a algunos, mientras que el diluvio juzgó al resto de la humanidad. El pensamiento de salvación y juicio por medio de agua llevó a Pedro a pensar en una comparación fascinante con el ministerio terrenal de Jesús. Juicio y Salvación están también asociados con el agua del bautismo cristiano.

El agua del bautismo cumple un propósito similar al del agua del diluvio. Jesús ordenó a sus apóstoles: "Haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre de Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo" (Mat. 28:19). Al igual que el diluvio de los días de Noé, el bautismo tiene un aspecto positivo y uno negativo. En el lado negativo, el bautismo trae juicio sobre aquellos que están sin Cristo. Ellos tienen sobre sí la ira de Dios porque se opusieron a Cristo y rehusaron poner su fe en él.

En el lado positivo, el bautismo representa la limpieza de la salvación para los creyentes. Tal y como el diluvio trajo para Noé y su familia un mundo nuevo, así también el bautismo nos introduce a un mundo nuevo de salvación. El bautismo en sí mismo no salva; el ritual debe ser una señal de "una buena conciencia hacia Dios" (1 Ped. 3:21). No obstante, tal y como Dios salvó a Noé a través de las aguas del diluvio, Dios salva ahora a su pueblo a través de la fe que es simbolizada en las aguas del bautismo cristiano.

Piense por un momento lo que Pedro ha dicho acerca de nuestro bautismo. Muchos cristianos piensan que el bautismo no es más que un simple ritual, pero esto no es lo que la Escritura enseña. Puesto que el bautismo es la señal y el sello de la fe redentora, es lo que nos distingue del mundo destinado al juicio. Nuestra entrega personal a Cristo y nuestra unión con él han cambiado radicalmente nuestras vidas. Cuando depositamos nuestra confianza en Cristo, Dios nos inunda de bendiciones y nos lleva a un mundo nuevo de esperanza y oportunidad.

La Salvación representada en el bautismo cristiano es mucho más grande que la salvación que Noé experimentó. El arca llevó a Noé y a su familia a un mundo material aun corrompido por el pecado. La humanidad persistió en caminos que eran contrarios a la voluntad de Dios. Pero Cristo no nos libera de un mundo corrupto para llevarnos a otro mundo igual de corrupto. En Cristo somos unidos a la gloria de su resurrección: "El bautismo . . . ahora nos salva . . . por la resurrección de Jesucristo, quien habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y potestades" (1 Ped. 3:21-22). Tal y como Cristo fue llevado a las alturas de la eterna gloria por su resurrección y ascensión, también nosotros estamos unidos a él en la misma gloria eterna, por medio de la fe.

Por esta razón, la obra de Cristo sobrepasa en gran manera la obra de Dios en los días de Noé. Todos los que confían en Cristo son llevados a un nuevo mundo espiritual -- "Nuestra ciudadanía está en los cielos" (Fil. 3:20). Habiendo resucitado con Cristo, somos libres del juicio eterno.

Pedro también llama nuestra atención al paralelo que existe entre los días de Noé y el tiempo cuando Cristo venga por segunda vez:

Sabiendo primero esto, que en los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación. Estos ignoran voluntariamente, que en el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste, por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua; pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos (2 Ped. 3:3-7).

En este pasaje, Pedro contestó a aquellos que se burlaban de la esperanza de la segunda venida de Cristo. Estos escépticos alegaban que todo había permanecido igual desde la creación del mundo (v. 4). "Dios no ha interrumpido la historia nunca antes," ellos pensaban. "¿Qué razón tenemos para pensar que lo hará en el futuro?" En respuesta, Pedro recordó a sus lectores que el mundo no siempre había permanecido igual. Dios creó al mundo "del agua" (v. 5), pero "el mundo de entonces pereció anegado en agua" (v.6). La historia no se desarrolló ininterrumpidamente. Dios intervino en contra de la maldad y destruyó el mundo que había creado. Aquellos que dudan que Dios interrumpirá la historia cuando Cristo venga por segunda vez deben poner mucha atención. A ellos se les advierte que "los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos" (v.7).

Pedro trazó una comparación directa entre el diluvio de los días de Noé y el regreso de Cristo. Así como Dios interrumpió dramáticamente la historia en los días de Noé, también intervendrá aun más dramáticamente al enviar de nuevo a Cristo en Gloria.

Puesto que vemos pasar décadas, siglos y milenios con muy poco cambio en el mundo, es muy fácil para nosotros perder la esperanza que las cosas algún día cambiarán. ¿No se pregunta usted a veces si Dios en verdad cambiará el mundo de una manera dramática? Podemos dudar a veces, pero nunca perderemos la esperanza. Dios no permitió que el pecado en los días de Noé pasara impune. No dejará que el pecado pase impune en el futuro. Dios estuvo decidido a rescatar a su pueblo del juicio en los días de Noé; él también está decidido a rescatarnos en el futuro. Con toda certeza, Cristo regresará y nos llevará a cielos nuevos y tierra nueva.

Cristo es similar a Noé, pero también le sobrepasa en gran manera. Él ordenó el bautismo cristiano como una señal de fe que nos aleja del pecado y la muerte. Cuando él regrese, una nueva creación tendrá lugar, en la cual el pecado no existirá más, y las imágenes redimidas de Dios estarán completamente libres de la ignominia. A diferencia de Noé, Cristo no nos dará solamente alivio pasajero de la maldición puesta sobre la tierra; sino que como él es el último peldaño del plan de Dios nos liberará completamente.

## **CRISTO Y ABRAHAM**

"¡Por fin ya tengo un hijo!" me dijo llorando mi amigo mientras lo abrazaba en el vestíbulo del hospital. El y su esposa habían querido tener niños por varios años y finalmente su deseo se había cumplido. "Ahora ya tengo un heredero," me dijo sonriendo. "Voy a darle una gran herencia. Puede ser que yo no logre mucho con mi vida, pero él va a lograr mucho más."

Los buenos padres siempre piensan en el futuro de sus hijos. Trabajamos duramente para legarles algún tipo de herencia. Todos los padres amorosos sueñan que sus hijos lograrán mucho más de lo que ellos lograron.

De muchas maneras, una relación similar existe entre Abraham y Cristo. Como vimos en el capítulo 5, el patriarca del Antiguo Testamento recibió bendiciones maravillosas de Dios. Dios lo separó del resto de la humanidad y le mostró su poder, paciencia, y perseverancia necesarias para alcanzar la bendición de la dignidad. Pero el patriarca esperó en Dios no únicamente por él, sino que puso la mirada más allá de sí mismo en un heredero futuro; uno que iba a lograr mucho más de lo que el logró en sus días. Este heredero fue Cristo.

En varias ocasiones, el apóstol Pablo identificó a Cristo como el heredero de las bendiciones de Abraham. En Gálatas 3:16, por ejemplo, él dice, "A Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo." En este pasaje, Pablo indicó que la promesa dada a la simiente de Abraham no fue dada simplemente a sus múltiples descendientes de una manera general, sino que fue dada a una simiente en especial. Como el extraordinario descendiente de Abraham, Cristo recibió las bendiciones de dignidad que habían sido prometidas al patriarca y a la nación de Israel. La herencia de Abraham vino a ser la herencia de Cristo.

Un aspecto de la herencia de Abraham era que él iba a tener una descendencia innumerable. Dios "lo llevó fuera, y le dijo: Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar. Y le dijo: Así será tu descendencia" (Gn. 15:5). El patriarca soñó con el día cuando sus descendientes serían incontables. ¿Cómo fue cumplida esta promesa? Abraham experimentó los inicios del cumplimiento cuando nació Isaac. Más adelante, Israel se multiplicó y llegó a ser una gran nación. Pero estas experiencias fueron ensombrecidas por la apostasía de Israel. Abraham tuvo muchos descendientes biológicos, pero la mayoría de ellos se apartaron de Dios. El aspecto espiritual de la multiplicación de Abraham terminó en ruina.

Al ver la continua rebelión del Israel actual, tenemos que preguntarnos si la esperanza de Abraham fue en vano. ¿Acaso el sueño de Abraham nunca se realizará? ¿Llenarán la tierra las imágenes redimidas de Dios o simplemente desaparecerán? El Nuevo Testamento declara que la promesa de multiplicación dada a Abraham es cumplida a través de su heredero especial. Cristo ha incrementado el número de los redimidos de una manera nunca antes vista.

En la primera venida de Cristo la multiplicación de los hijos de Abraham dio un salto gigante hacia adelante. Jesús y sus apóstoles lograron esto al añadir a los gentiles al remanente de Israel que creyó en Cristo. En la era del Nuevo Testamento, todo creyente, de todo pueblo y nación, es adoptado en la familia de Abraham:

Así Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia. Sabed, por tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de Abraham. Y la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: En ti serán benditas todas las naciones. De modo que los que de la fe son bendecidos con el creyente Abraham. (Gal.3:6-9).

De esta manera, Cristo llegó mucho más lejos de lo que Abraham y sus descendientes en el Antiguo Testamento llegaron. Al incorporar a los gentiles en la familia de Abraham, Cristo multiplicó la descendencia del patriarca inmensurablemente.

Sin embargo, cuando Cristo venga por segunda vez la multiplicación de los hijos de Abraham será aun mayor. La Biblia ofrece una descripción asombrosa de la humanidad en los cielos nuevos y tierra nueva. Delante del trono de Dios estarán todos los que fueron adoptados en la familia de Abraham provenientes "de todo linaje y lengua y pueblo y nación" (Apo. 3:6-9). Cuando Cristo regrese, la tierra entera será llena exclusivamente con los hijos de Abraham.

Otro aspecto de la herencia de Abraham era la promesa de una tierra. ¿Cómo fue cumplida esta bendición de dignidad? Abraham mismo pudo probar un poco de esta promesa al estar viajando por la tierra prometida. Él obtuvo un poco de la tierra cuando compró una sepultura para su esposa (Gen. 25:10). El Israel del Antiguo Testamento vio el cumplimiento de esta promesa en una manera más notoria a través de la conquista al mando de Josué y cuando se estableció la línea real de David. Sin embargo, la promesa del dominio sobre la tierra no fue cumplida en su plenitud en estos eventos. El pueblo de Israel fue expulsado de la tierra cuando se apartó de Dios. Relativamente muy pocos regresaron.

En su primera venida, Cristo comenzó el proceso de devolver el dominio a los descendientes de Abraham. Él redimió a algunos israelitas en Palestina y les concedió un dominio nuevo. No obstante, Cristo fue mucho más lejos. Después de su resurrección, él le dijo a sus discípulos: "Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra" (Hech. 1:8). En la medida en que el evangelio llegaba a otras tierras, la influencia cristiana se extendía. El dominio del pueblo de Dios se extendió de la frontera de Canaán hacia toda la tierra.

En la segunda venida de Cristo el dominio de la simiente de Abraham no tendrá límites. Se extenderá sin excepción alguna a todo el planeta. En aquel tiempo las huestes celestiales dirán a gran voz: "Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos" (Apo. 11:15).

A pesar de los fracasos del Israel del Antiguo Testamento, no debemos perder la esperanza de que los hijos de Abraham llenarán la tierra y tendrán dominio. Abraham no vio la bendición de Dios en su plenitud. Tampoco el Israel del Antiguo Testamento experimentó su grandeza potencial. Pero Cristo trae estas esperanzas a un final feliz. Cristo provee el último peldaño en la restauración de la imagen de Dios.

## **CRISTO Y MOISÉS**

Durante la Segunda Guerra Mundial, los comandantes de las fuerzas aliadas estaban en gran desacuerdo con respecto a la estrategia que liberaría a Europa de la dominación Nazi. Un general insistía que su plan de ataque fuera aprobado, otros se inclinaban por una estrategia diferente. A veces sus desacuerdos amenazaban seriamente la unidad de la coalición. Pero al final, un solo plan emergió. Tal vez no fue la estrategia que todos deseaban, pero este plan de ataque condujo a la victoria final.

En el capítulo 6 vimos que Dios dio a Moisés el privilegio de preparar a Israel para conquistar la tierra de Canaán. En un mundo lleno de fuerzas opuestas a los caminos

de Dios, la restauración de la dignidad sólo podía venir por medio de la guerra. Desafortunadamente, el plan de batalla de Dios era diferente a lo que muchos en Israel deseaban. Ellos esperaban llevar a cabo cierta estrategia, pero Dios dictó otra. No obstante, al final, el plan de ataque establecido por Dios condujo a su pueblo hacia la victoria que él había prometido.

¿Cuándo experimentó esta victoria el pueblo de Dios? Israel disfrutó de pequeños éxitos en muchas ocasiones. Los éxitos iniciales bajo el liderazgo de Josué fueron avances importantes. La derrota de los enemigos opresores por medio de los jueces trajo consigo bendiciones para la nación. La fuerza militar de David, Salomón y otros reyes de Israel extendió el poderío de la nación. Dios otorgó a su pueblo del Antiguo Testamento muchas victorias en la guerra santa.

Pero estas victorias nunca alcanzaron las alturas que predecían las promesas de Dios. De hecho, al final del período del Antiguo Testamento, Israel estuvo bajo el dominio de poderes extranjeros. Babilonios, Persas, Griegos, y Romanos reinaron sobre la tierra prometida por muchas generaciones. En vez de que Israel conquistara a los enemigos de Dios, las naciones malvadas conquistaron a Israel.

Durante el tiempo entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, el pueblo de Israel deseó con ansias que llegara el tiempo en el que Dios intervendría y les daría la victoria total que fue prometida mucho antes de Moisés y Josué. El Nuevo Testamento trajo buenas noticias para aquellos que anhelaban ver la culminación de la lucha por la dignidad. La victoria en la guerra santa fue lograda por Cristo. Tristemente, muchos Judíos en los días de Jesús esperaban que el Mesías tomara el trono en Jerusalén y les dirigiera a la victoria en el campo de batalla, para que después todas las bendiciones del Reino de Dios vinieran a la tierra. Sin embargo, cuando el Mesías apareció, su guerra santa tomó una forma bastante diferente, la cual era inaceptable para la mayoría de los judíos. Jesús no peleó una batalla física con consecuencias espirituales como ellos hubieran deseado; sino que peleó una guerra espiritual con consecuencias físicas que vendrían a largo plazo.

En su primera venida, Cristo inició una guerra santa espiritual al entrar él mismo a la batalla. Sus milagros comenzaron el proceso de la victoria. Eran batallas en contra de los poderes de las tinieblas que oprimían al pueblo de Dios. Jesús mismo explicó su ministerio en términos de una campaña militar: "Me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón, a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos" (Luc. 4:18).

Cristo, en su muerte y resurrección, arremetió decisivamente en contra del mal. Usualmente no nos referimos a estos grandes eventos como batallas, pero eso es precisamente lo que fueron. La muerte vicaria de Cristo canceló la maldición del pecado y destruyó el poder de las fuerzas de maldad que nos esclavizaban. Como Pablo lo dice: "Y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz" (Col. 2:15).

Más allá de esto, Cristo usó el poder de su resurrección para tomar cautivas a las fuerzas del mal. Después, desde el cielo derramó sus dones de victoria sobre la Iglesia: "Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo. Por lo cual dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva a la cautividad, y dio dones a los hombres . . . Y él mismo constituyó a unos apóstoles, a otros, profetas; a otros evangelistas; a otros, pastores y maestros" (Ef. 4:7-8, 11).

Como el Nuevo Testamento nos revela, Cristo derrotó al mal por medio de la cruz y distribuyó el gozo de la victoria por medio de su resurrección.

El aspecto espiritual de la batalla de Cristo continua aún hoy en la Iglesia. El está preparando a la Iglesia para continuar la batalla que él mismo comenzó. Por esta razón Pablo exhortó a los Efesios a que se unieran para la batalla espiritual:

Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes (Ef. 6:10-13).

Los creyentes alrededor del mundo están involucrados en una batalla espiritual en contra de los poderes de las tinieblas. El Maligno y sus ángeles constantemente buscan destruirnos. ¿Qué debemos entonces hacer? Dos veces el apóstol dice, "Vestíos de toda la armadura de Dios" (11, 13). ¿Cuáles son las partes de esta armadura? La lista es muy conocida: el cinto de la verdad, la coraza de justicia, las sandalias del apresto del evangelio, el escudo de la fe, el yelmo de la salvación, y la espada del espíritu (vrs. 14-17). Además de esta armadura, Pablo exhorta a los efesios a orar "en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu" (v.18).

Si seguimos el consejo de Pablo, el éxito en nuestra batalla espiritual está asegurado. Como él mismo dice: "Para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes" (v.13). La guerra de Cristo continua hoy al permanecer usted y yo en la batalla empleando Su armadura y poder. De esta manera, podemos ver cumplido en nuestras vidas el aspecto espiritual de las promesas de Dios para el Israel de la antigüedad.

Las victorias logradas por Cristo en su primera venida son grandiosas, pero difícilmente pueden compararse con la batalla final que ocurrirá en su segunda venida. Cristo destruirá al "hombre de pecado" (2 Tes. 2:3) y enviará a Satanás y sus ejércitos al fuego eterno (Apoc. 20:10).

En aquel tiempo, la guerra santa de Cristo será culminada con una victoria catastrófica. El apóstol Juan describe el glorioso final de la guerra santa de Cristo:

Entonces vi el cielo abierto, y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea. Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas; y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo. Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: El Verbo de Dios. Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos. De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: Rey de Reyes y Señor de Señores (Apoc. 19:11-16).

¿Cuál será el resultado final de esta batalla? Los ejércitos de la tierra serán muertos con la espada que sale de la boca del que monta el caballo y todas las aves se saciarán de las carnes de ellos (Apoc. 19:21). Entonces, el pueblo de Dios se levantará y recibirá el botín de la victoria de Cristo como eterna posesión.

Moisés preparó a Israel para la guerra santa porque la dignidad de las imágenes redimidas de Dios vendría por medio de la batalla y victoria sobre el mal. El Israel del

Antiguo Testamento experimentó solamente victorias temporales, y eventualmente sufrió una terrible derrota debido a su pecado. Pero no debemos desanimarnos. Nosotros podemos ver ahora que la batalla pertenece a Jesús. Él es el vencedor, él es aquel quien derrota al mal y le da la victoria a su pueblo. Cristo es el último peldaño en la restauración de la imagen de Dios.

## **CRISTO Y DAVID**

"¡Cuatro años más! ¡Cuatro años más! ¡Cuatro años más!" así gritaba la multitud con la esperanza que cierto presidente norteamericano ganara las elecciones por segunda vez. Los éxitos que un presidente tiene durante su primer período de gobierno casi siempre aseguran la reelección. Todos esperan mejores cosas en el futuro. Los candidatos aseguran a sus fieles seguidores: "Hemos logrado mucho en el pasado, pero en el futuro aguardan cosas aun mayores para nuestro país."

En el capítulo 7, vimos cómo David celebraba su éxito político. En los días de David, Dios derramó una medida especial de su gracia sobre Israel para elevar a su pueblo a niveles más altos de dignidad. El llevó a la nación de ser una confederación informal de tribus a una nación fuerte. David y algunos de sus hijos lograron mucho cuando gobernaron sobre Israel.

Sin embargo, el Antiguo Testamento atestigua el triste final de la casa de David. El pecado de los hijos de David causó que Dios apartara el trono de Jerusalén. La nación y su rey fueron exiliados a Babilonia. Los profetas predijeron que un descendiente de David restauraría la nación. Las esperanzas se agitaron cuando Zorobabel condujo de vuelta a la tierra a algunos judíos y reconstruyeron el templo. Pero el deseo por un nuevo y justo David que se sentase en el trono de Jerusalén nunca se cumplió.

Cuando vemos el desorden actual del reino de Israel nos preguntamos que pasó con las promesas de Dios. ¿No prometió Dios a David una dinastía sin fin? ¿Qué pasó con las bendiciones del reino prometidas a Israel?

El Nuevo Testamento responde a estas preguntas identificando a Jesús como el heredero del trono de David. Mateo y Lucas nos presentan genealogías extensas para demostrar que él era descendiente de David (Mat. 1:1-17; Luc. 3:23-38). Jesús nació en Belén, la ciudad de David (Luc. 2:4-7). Jesús, como el heredero final de David, trae las incomparables bendiciones del reino a las imágenes redimidas de Dios. El cumple todas las expectativas de honor asociadas con el linaje real en maneras que van mucho más allá de lo que David y sus hijos lograron.

Las bendiciones del reino de Cristo abarcan un vasto conjunto de beneficios para la imagen de Dios. Para entender mejor lo que Cristo ha hecho por nosotros, nos enfocaremos en tres bendiciones que vinieron a través del linaje de David durante el período del Antiguo Testamento. Después veremos cómo Cristo trae estos dones para el pueblo de Dios en la era del Nuevo Testamento.

Primero, la casa de David debía proteger a Israel de cualquier mal. David y sus hijos tenían la responsabilidad de salvaguardar la nación. Aun cuando la conquista de la tierra menguó, la casa real tenía la responsabilidad de proveer seguridad. Por esta razón, los reyes de Israel erigieron murallas alrededor de las ciudades y mantuvieron ejércitos. Todos los miembros responsables de la casa de David ingeniaron medios para proteger a la gente.

Segundo, el linaje real de Judá debía asegurar la prosperidad del pueblo de Dios. Dentro de las murallas de la protección del reino, Israel prosperó más allá de cualquier medida. La justicia prevaleció cuando la ley de Moisés fue impuesta por el rey. La gente podía vivir y trabajar sin temor a los criminales. Las condiciones económicas mejoraron cuando los hijos de David cumplieron su deber apropiadamente. La gente prosperó cuando los reyes gobernaron con justicia la tierra. La casa de David no sólo protegió al pueblo de Dios de sus enemigos, sino que también trajo prosperidad a la tierra.

Tercero, la casa de David fue divinamente establecida para asegurar la presencia especial de Dios entre el pueblo. David pasó toda su vida preparándose para edificar el templo, un edificio permanente para la presencia de Dios. Salomón construyó el templo y centró su reino alrededor de él. Los reyes de Judá siempre tuvieron la responsabilidad de mantener el funcionamiento apropiado del templo. Sin la presencia de Dios, todos los esfuerzos de la familia real eran en vano. No podía haber protección o prosperidad sin la presencia de Dios. Dios respondía a las oraciones, sacrificios y cantos asociados con el templo derramando los beneficios de su reino sobre su pueblo.

Las bendiciones del reino con respecto a la protección, prosperidad y la presencia divina no cesaron con el Antiguo Testamento. Estas realidades antiguas anticiparon los grandes beneficios que habrían de venir con Cristo. Pero debemos recordar que Jesús otorga estas bendiciones del reino en dos fases. Él trae protección, prosperidad y presencia divina tanto en su primera como en su segunda venida.

En su resurrección y ascensión, Jesús subió al trono de David y empezó a reinar sobre la tierra. Tal y como Pedro dijo a los judíos en el día de Pentecostés:

Varones hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David, que murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy. Pero siendo profeta, y sabiendo que con juramento de Dios le había jurado que de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentase en su trono, viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción. A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. (Hech. 2:29-32)

Desde su preeminente posición, Jesús concedió al pueblo de Dios los beneficios del reino.

En esta etapa inicial, las bendiciones de Cristo fueron primordialmente espirituales en naturaleza. Jesús garantizó protección a sus seguidores: "Nadie las arrebatará de mi mano" (Jn. 10:28). Como también dice 1 Juan 4:4 "Mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo." Ni seres humanos, ni fuerzas sobrenaturales pueden robar nuestra salvación en Cristo. Como nuestro rey, Jesús protege a cada uno de nosotros.

Cristo también bendice a su pueblo con prosperidad espiritual. Pablo dice que poseemos ahora "toda bendición espiritual en Cristo" (Ef. 1:3). Jesús dijo que él vino "para que tengan vida y para que la tengan en abundancia" (Jn. 10:10). Cristo garantiza prosperidad espiritual para la gente de su reino.

Finalmente, Cristo provee la presencia de Dios entre su pueblo. Cuando Jesús ascendió al cielo su presencia física fue removida. Pero él envió al Espíritu para consolar a sus seguidores con la seguridad de que Dios está cercano. "No os dejaré huérfanos;

vendré a vosotros" (Jn. 14:18). Por esta razón él pudo prometer a sus apóstoles, "Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mat. 28:20).

Las bendiciones del reino que actualmente gozamos nos han sido dadas, pero debemos recordar que son primordialmente espirituales. Cristo no nos promete protección de todo mal físico durante esta fase del reino de Dios. De hecho, el advirtió que sus seguidores sufrirían y serían perseguidos: "Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán" (Jn. 15:20). Además, el reinado de Cristo no garantiza prosperidad material ni salud física hoy. Las pruebas de pobreza y enfermedad permanecen en muchos de nosotros. Pablo estaba "enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad" (Fil.4:12). Finalmente, Cristo tampoco nos brinda su presencia física por ahora. El está presente en el Espíritu, pero deseamos con ansias verle y tocarle de nuevo. La Iglesia por ahora sigue clamando: "Sí, ven Señor Jesús" (Apoc. 22:20).

Aunque por ahora Cristo sólo garantiza bendiciones espirituales, su protección, prosperidad y presencia llegarán a realizarse físicamente cuando el venga por segunda vez. En la nueva creación estaremos protegidos de cualquier tipo de mal, sea físico o espiritual. Los enemigos de Dios serán absolutamente destruidos y ya no tendremos nada que temer. "Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia. Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte" (1 Cor. 15:24-26).

En la culminación del reino de Cristo recibiremos cuerpos físicos glorificados: "Y hay cuerpos celestiales, y cuerpos terrenales; pero una es la gloria de los celestiales y otra la de los terrenales . . . Así también es la resurrección de los muertos" (1 Cor. 15:40. 42).

Toda enfermedad y pesar se acabarán. "Ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor" (Apoc. 21:4). Finalmente, cuando Cristo regrese ya no tendremos que anhelar el estar en su presencia porque él estará entre nosotros. Tendremos la presencia de Cristo tanto espiritual como físicamente. Juan, en su visión de la Nueva Jerusalén no vio "en ella templo, porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el cordero" (Apoc. 21:22).

Cristo cumplió las esperanzas y expectativas del linaje de David. El trae las bendiciones del reino de Dios a aquellos que le sirven fielmente. David y sus hijos trajeron grandes beneficios para el pueblo de Dios, pero esas bendiciones del Antiguo Testamento no alcanzaron la medida de dignidad para la cual fuimos diseñados. Solamente Cristo trae las bendiciones del reino plenamente. Él es el último peldaño en la restauración de la imagen de Dios.

## CONCLUSIÓN

En este capítulo hemos visto que la primera y segunda venidas de Cristo forman el último y más importante peldaño en nuestra restauración. Como el postrer Adán, Cristo revirtió los efectos del pecado de Adán. Como Noé, él trajo juicio y un nuevo mundo. Cristo heredó y repartió las promesas dadas a Abraham. Como Moisés preparó a Israel para la guerra, Jesús ganó la victoria para el pueblo de Dios. Como David, Cristo trajo las bendiciones del Reino de Dios para nosotros. La restauración total

de la imagen de Dios finalmente depende de los esfuerzos de una sola persona, en quien debemos poner todas nuestras esperanzas: Jesucristo. Él es el último peldaño hacia la dignidad.

### **PREGUNTAS DE REPASO**

1. ¿Por qué el Nuevo Testamento habla acerca de Cristo como el "postrer Adán"? ¿Cómo fueron revertidos los efectos del pecado de Adán por Cristo?
2. Explique como Cristo es semejante a Noé en su primera y segunda venida
3. ¿Qué conexión hace el Nuevo Testamento entre Jesús y Abraham? ¿Qué implicaciones tiene esta conexión?
4. ¿Cómo culminó Cristo la guerra santa iniciada por Moisés y Josué?
5. ¿Qué bendiciones del reino trae Cristo como el hijo de David?

### **EJERCICIOS DE DISCUSIÓN**

1. ¿Por qué el capítulo se titula "Llegando al último peldaño"?
2. Mencione cinco razones por las cuales usted y yo no podemos poner nuestra confianza en Adán, Noé, Abraham, Moisés y David. ¿Por qué tenemos que mirar únicamente a Cristo para ser restaurados?
3. Elabore cuatro comparaciones positivas y negativas entre Cristo y Noé, Abraham, Moisés, y David. ¿Cómo le llevan estas comparaciones a poner toda su confianza sólo en Cristo para ser restaurado?
4. Identifique cinco maneras en las que la primera venida de Cristo no nos restaura totalmente a la dignidad? ¿Cómo será nuestra restauración completa cuando Cristo regrese?